

Margarita González

**PALENCIA**  
volver a casa

¿En qué momento se filtró en nuestra sangre la esencia de la diáspora?

En la década de los cuarenta del siglo veinte español salieron nuestros abuelos del campo hacia las ciudades, en los años cincuenta y sesenta nuestros padres abandonaban las ciudades pequeñas de Castilla en busca de oportunidades, en los años setenta y ochenta otra generación de jóvenes dejamos de nuevo entorno y territorio para dirigirnos a las grandes ciudades en busca de formación y progreso.

Realizada en el estilo de diario de cuaderno de viaje, esta pequeña reflexión se narra en plural aludiendo a todos aquellos que en algún momento de sus vidas tuvieron que abandonar un territorio querido. Esta pequeña meditación de los que ahora volvemos a casa entregados a la soledad de los caminos, nos deja sumidos en la extrañeza, observando los límites del abandono y llorando tanta ausencia.

Ahora que volvemos al origen nos preguntamos por la supervivencia de este mundo rural del que partimos, mientras observamos la fragilidad de nuestras vidas y la agonía del mar cereal que nos nutrió.

**No hay viaje más auténtico que el realizado hacia el interior de uno mismo**, aquello que podemos aportar con nuestros actos y palabras es contar lo que vivimos, pues nadie vive igual que otro y el modo en que se interpreta la vida responde a los sentimientos que nos despierta a cada uno. Regresamos transformados al punto de partida y más que una vuelta nostálgica al pasado y a los lugares de origen, es una oportunidad para observar serenamente lo que antes tuvimos delante y no pudimos reconocer.

**Tuvo que llegar el día del regreso para reconocer el color del cielo y de la tierra.** Pues vivir en el olvido anticipa la muerte y nos priva de experiencias que esperan agazapadas hasta el día en que volvemos. Liberados ya de condiciones y con la libertad de la consciencia, solo nosotros decidimos seguir o regresar. Ahora nos dejamos llevar por la naturalidad de los ciclos observando con tranquilidad el último sendero tan cercano al primero. Ahora volvemos sobre los pasos caminando en el presente sobre la senda pasada.

**Nuestros ojos se inundaron de extrañeza en su propia formación**, rodeados del enigma que empañaba la existencia nunca supieron acostumbrarse. De poco sirvió el pequeño envoltorio de las convenciones cotidianas, cuando había germinado en nuestro corazón la semilla de la inquietud. El misterio cubría la oscuridad de unas miradas ensimismadas. Nunca llegamos a ver el límite del camino y recorrimos carreteras que cruzaban la vastedad del paisaje con el alma instalada en la lejanía del horizonte.

**Ciegos ante la sencilla evidencia, heridos por la flecha de una verdad imaginada,** solo escuchamos los impulsos interiores. Avanzamos sin detenernos conociendo el final desde un principio. Regresamos ahora rodando sobre el vértigo, con la mirada tan fija en la carretera que arden las pupilas sin el parpadeo. La intensidad de los recuerdos hace que el alma estremecida sienta, que la mente enfebrecida crea que hemos sobrevivido porque huimos antes de convertirnos en cal y adobe.

**Con la luz de la tarde aflora la tosca belleza de unos rostros del color de la tierra.** Algunos hombres amparados en cuadrillas exhiben su poder tocando el claxon de sus vehículos, mientras se alejan envolviéndonos en polvo. Las mujeres, que pasean por la carretera compartiendo secretos, nos miran con avidez hasta perdernos de vista. Fue tan grande el abandono que cundió tras la partida, que hoy nos miran sorprendidos por nuestro deseo de volver a los caminos. Al final del día nos acompañan en silencio los cardos violetas y la línea blanca de la carretera.

**Vacía la tierra, iluminada por un oro baldío que se fue con las espigas,** absorbe el pensamiento del que mira el paso de la vida. Vayas o vengas, nada les inmuta, salvo que entremos en su pueblo y no nos conozcan. Apostados en el exterior de la curva, ajenos a la velocidad y al paso del tiempo, nada les hace imaginar el riesgo que corren. Su mente parece suspendida del día en que sus cuerpos surgieron de ese asfalto. En todo tiempo y estación, mientras otros llegan y se alejan, ellos tienen su mirada clavada en la carretera.

**Uno a uno se fueron cayendo de nuestros brazos**, en su memoria nacen las amapolas de las cunetas. Poco a poco fuimos perdiendo los últimos signos de la pertenencia, en adelante solo habría soledad, como al inicio, y por último refugio un lugar interior. Cuánto sufrimiento se habría evitado de haber permanecido desde un principio como la encina que vive en el otero. Aunque de haber sido así, la llamada de la sangre primero nos habría arrancado de la soledad, y después nos arrastraría por los campos hasta llevarnos a la fuente donde brotan juntos el amor y el dolor.

**Al llegar a la meseta podemos recordar la inmensidad que dejamos** y el lento fluir del paisaje hasta llegar al vacío. El enorme alrededor que circunda a la carretera empequeñece nuestros cuerpos aterrados por la belleza inabarcable. Ante el frío de la noche llega el viento a cortar en finas capas la memoria. Corrimos hacia delante aquel día incomprensible, cuando nuestras vidas eran más pequeñas que hoy aún. Ahora nos quedamos inmóviles ante el sol que calienta la tierra y los recuerdos, buscando una pared que nos proteja la espalda.

**Helada desolación y magnífica belleza entrando poco a poco en nuestros cuerpos.** Árboles en fila y perspectiva imposible penetrando en la razón de nuestras mentes, que no se atreven a imaginar el día que caiga el amarillo del paisaje. Entonces, los cuervos que hoy picotean el grano se harán los dueños del aire, tejiendo un bosque de noche en la llanura. No podremos soportar la nieve sobre los labios, ni la escarcha en el corazón, ni la distancia del asfalto, ni el viento arrojándonos del mundo habitado.

**Cae la lluvia sobre la paja cortada y se esparce el aire perfumado por toda la meseta.** Rezuma el jugo en los caminos y corre hasta llegar a los ríos. Sale el sol entre las nubes y no se detiene hasta besar las mejillas. Cae la luz hasta secar la enorme alfombra cereal y se eleva después tiñendo el aire de dulzura. Hoy como ayer, la ciudad que navega en el mar de Castilla despide el penetrante aroma de las galletas, la fruta de las huertas llena la boca de placer, y queda en nuestras manos el disfrute del pan tierno.

**Observar a las personas que deambulan ayuda a comprender nuestras actitudes** y las de aquellos que como nosotros abandonaron el lugar de la costumbre. Se repiten los tipos y sus modos de forma incomprensible como si hubiéramos entrado en un bucle de repetición. Nos fuimos, pero llevamos pegadas a nuestra piel las maneras compartidas. Tenemos grabados en la memoria los silencios y las palabras, que solo en nuestra mente colectiva tienen significado. Para los que habitamos la distancia tan extraño es ceder al apego como rechazarlo.

**Nunca se llegan a olvidar las emociones que acompañan en la salida de un paraíso:** Nuestras miradas se dejaban seducir por la luz mientras los pies se agarraban a la tierra. La inocencia quedaba enterrada por el conocimiento. Sentíamos la tentación de permanecer inmóviles como las piedras del camino. Nos vencía la ansiedad y el miedo a lo desconocido. Pues como imaginábamos, nos dolería la desconfianza de quienes se resistían a incorporarnos en la tradición de los nuevos lugares, y vagaríamos por la extrañeza hasta volver al lugar del que partimos.

¿En qué día nuestras vidas se convirtieron en un mapa constelado?